



PLANETA

JUVENIL

EPOPEYAS DE AMÉRICA

FLOR ROMERO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Imagen de cubierta: © Ana María Peña

© Flor Romero, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6250-9

ISBN 10: 958-42-6250-5

Primera impresión: agosto de 2017

Segunda impresión: marzo de 2018

Tercera impresión: agosto de 2019

Cuarta impresión: febrero de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones De Comunicación S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

FLOR ROMERO (biografía)

Nació en La Paz de Calamoima (Guaduas, Colombia). Obtuvo la Licenciatura en Comunicación en la Universidad Javeriana de Bogotá. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de La Sorbona, París. Ha escrito 43 libros entre novelas, biografías, ensayos y cuentos. Con Editorial Planeta ha publicado *América cuenta sus mitos*, *El amor es un mito* y la trilogía autobiográfica *Detrás del antifaz*, *El hechizo del destino* y *París, la bienamada*.

ÍNDICE

EL POPOL VUH	9
Primera parte	11
Segunda parte	29
Tercera parte	73
Cuarta parte	93
MI YURUPARY	117
LA ARAUCANA	203
LEYENDAS QUE PERSISTEN.....	215
LAS ALTERACIONES DEL DARIEL O (LOS CUNAS EN EL DARIEL).....	217
EL DORADO	229
VIENTO PODEROSO.....	257
LA JAGUA DE CIENFUEGOS	263
LOS SEMINOLAS DE LA CABEZA PLANA.....	271
GLOSARIO.....	277

EL POPOL VUH

PRIMERA PARTE

I

En aquellos tiempos inmemoriales, unas tribus vagabundas llegaban a instalarse en nuestro continente. Venían de allende los mares (del Oriente), quizá de la China, y naufragaron en las costas del Pacífico, y se fueron quedando, organizando... recordando sus tradiciones, sus mitos, sus ritos, sus leyendas, sus hábitos, sus comidas, sus sueños, su filosofía, sus sistemas de vida, sus creencias, sus dioses, sus olores, sus sabores, su sabiduría, su clima, su cielo, su paisaje, sus ruidos, sus temores.

Aquellos ancestros recogieron sus aventuras, su odisea, su pasado misterioso en un libro poblado de jeroglíficos sobre hojas de papel de amate, que fueron transmitiendo de generación en generación hasta la invasión final de los advenedizos españoles que quemaron para que ellos no recordaran sus tradiciones, pero sobre todo no adoraran a sus dioses, porque ahora les impondrían la religión católica, que era la del invasor.

Pero la memoria había guardado intactas las historias de los antepasados y más tarde las pudieron reconstruir. Por eso yo existo. Mi nombre es Popol Vuh, viene de la palabra en mi lengua, el quiché (bosque), *pop* o estera que significa ‘poder’ y *wuj* es nada menos que ‘papel’. Este papel es amate, sacado del árbol de amate, tan conocido en Quauhtlemallan (Guatemala). Soy la lengua de mis ancestros, pintada de colores en sus comienzos para que todos la entendieran. Aquí, en estas pinturas, pueden leer las historias que les voy a contar desde la mazmorra de la Biblioteca de Newberry de Chicago, en donde me tienen confinado desde hace largas lunas. Si les hago un recuento de las peripecias por las que he pasado antes de reposar aquí, quedarían sorprendidos. Llegué a este sitio porque la viuda de Edward E. Ayer, quien se lo había comprado al abate Brasseur de Bourbourg, se le ocurrió devolverlo a su continente natal: América. El tal abate Brasseur lo tradujo al francés, después de que por milagro llegó a sus manos, ya que yo disfrutaba de los aires del trópico en la Biblioteca de la Universidad de San Carlos de Guatemala, de donde manos inescrupulosas me sustrajeron para llevarme a Europa. Me sentí en un doloroso exilio. No se imaginan lo que sufrí con los fríos invernales, pero sobre todo con la incomprensión de las gentes. Este largo viaje ocurrió en 1854, un siglo después de estar refundido, ya en español traducido (1701) por el sacerdote Francisco Jiménez, quien me pescó en la parroquia de Santo Tomás en Chichicastenango. Él

pensó que estas historias sabias debían ser conocidas por el gran público, luego de que en 1558 un nativo que las sabía de memoria las reescribiera. Qué ironía, después de que los españoles pocas lunas antes resolvieran quemarme para afianzar la fe católica.

Debo advertirles que también el austriaco Carl Scherzer descifró los jeroglíficos iniciales y en Viena me publicaron en alemán en 1854.

De manera que soy un sobreviviente de la memoria, porque de memoria mis gentes de la tribu maya y vecinos lo sabíamos para aplicar sus enseñanzas día y noche. Son los relatos de nuestro origen remoto, afirman nuestra identidad y recuerdan al mundo entero nuestra historia primigenia, nuestras creencias, nuestro pensamiento, nuestra manera de ver el universo.

Desde Chicago, me sitúo en Ovatlán (Guatemala), en el siglo XXI, sitio del Quiché en donde todo comienza y acaba. Allí es donde empieza nuestra tortuosa historia, después de que nuestros ancestros desembarcaran de un navío enorme que naufragó en nuestras costas. Venían quizá del Oriente lejano, desafiando mares revueltos. Lo cierto es que hemos soportado varios cataclismos, muchas catástrofes, hasta que apareció la neblina, una nube, una polvareda y todo comenzó a tomar forma.

Pero antes, y esto lo tenían claro en la memoria los ancestros, todo estaba en suspenso. En calma, reinaba el silencio. Estaba el cielo mudo y el agua en reposo. Nada

se movía en la cerrada oscuridad, solo el Creador y el Formador (Tzacol y Bitol), Tepeu (dios soberano), Gucumatz (serpiente de plumas blancas). Los Progenitores estaban en el agua rodeados de claridad, ocultos bajo plumas verdes y azules. Los acompañaba Alom (la diosa madre).

De acuerdo se pusieron Tepeu y Gucumatz después de hablar y meditar, unieron la palabra y el pensamiento para llegar a la conclusión de que al amanecer deberían aparecer los árboles, los bejucos, el nacimiento de la vida y la creación del hombre. Tepeu y Gucumatz dijeron: «Que se llene el vacío, que el agua se retire y desocupe el espacio. Qué surja la tierra y que se afirme». Y así fue. Aún resonaba el grito de tierra, cuando en un abrir y cerrar de ojos, se levantaron las montañas. Los valles corrieron por entre las depresiones de los montes, los ríos brotaron de los montículos y corrieron a desembocar en la inmensidad del mar.

Pronto los creadores surtieron los montes con árboles gigantescos, robledales, arbustos, bejucos, plantas que trepaban y otras que rastreaban por el suelo. Algunas comenzaron a esparcir fragancias arrobadoras, mientras otras hacían ojitos.

II

Los Progenitores estuvieron de acuerdo entonces en poblar de animales la tierra y los diseminaron por montes,

quebradas, árboles, madrigueras y el aire. Fue así como aparecieron jaguares, tigres, venados, cóndores, quetzales, jilgueros, serpientes, águilas, conejos, cangrejos, cocodrilos, tortugas, cucarrones, libélulas, toches, guacamayas, sinsontes, salamandras y cucarachas.

Los Creadores les indicaron sus moradas y les dieron voz. Fue cuando empezaron a cantar, a graznar, a roncar y a vociferar a diestra y siniestra, pero ninguno invocaba el nombre de sus creadores ni les daban las gracias por haberles dado vida. Enfurecido, Hurakán decidió dejar que los animales se exterminaran entre sí y crear al hombre que tuviera voz y entendimiento. Lo fabricó de tierra, pero este se deshizo al contacto con el agua y no tuvo consistencia. Aunque al principio hablaba, no tenía entendimiento, de manera que los dioses decidieron desbaratarlo y deshacer su obra.

De nuevo se reunieron el Creador y el Formador. Hablaron con Ixpiyacoc e Ixmucané, los abuelos del día y del alba, versados en astrología y la cuenta de los tiempos. Consultaron con los adivinos advirtiéndoles: «Debemos encontrar los medios para lograr que el hombre que formemos nos sostenga y alimente, nos adore, nos invoque y se acuerde de nosotros. Dad a conocer vuestra naturaleza Hunahpú-Vuch, Hunahpú-Utiú, dos veces madre, dos veces padre, Nim-Ac, Nimá-Tziís, el señor de la esmeralda, el joyero, el escultor, el tallador, el señor de los hermosos platos, el Señor de la verde jácara, el maestro de la resina, el maestro Toltecat, la abuela madera

del sol, la abuela del alba, que así seréis llamados por nuestras obras y nuestras criaturas. Echad la suerte con vuestros granos de maíz y de tzité. Hágase así y luego labraremos y tallaremos sus ojos y su boca en madera».

Luego vino la adivinación. Se trataba de echar la suerte con el maíz y el tzité.

«Suerte, criaturas», gritaron los viejos. El viejo era el de las suertes del tzité, Ixpiyacoc y la vieja, la adivina, la formadora Chiracán Ixmucané.

Luego dijeron: «Júntense. Digan si es conveniente que se una la madera y que sea labrada por el Creador y el Formador, y si él nos sustentará y alimentará cuando aclare, cuando amanezca».

La respuesta fue inmediata: «Buenos saldrán sus muñecos hechos de madera, hablarán y conversarán sobre la faz de la tierra».

—Así sea —respondieron.

Fueron hechos al instante los muñecos labrados en madera. Se parecían al hombre y hablaban. Poblaron la superficie de la tierra.

Se multiplicaron, tuvieron hijos y muchas hijas estos muñecos de palo, pero no tenían alma ni entendimiento. No se acordaban de sus progenitores y por eso cayeron en desgracia. Caminaban sin rumbo, andaban a gatas, no tenían sangre ni humedad ni sustancia ni gordura. Sus mejillas estaban secas, lo mismo que sus pies y manos, no tenían consistencia; sus carnes eran amarillas.

Estos fueron los primeros hombres que existieron sobre la tierra en gran número. Ellos fueron creados de tzité y ellas de espadaña, pero, como no pensaban ni dialogaban con su Creador, fueron condenados a morir.

III

Por ingratos fueron destruidos, aniquilados y deshechos estos hombres de madera, mediante el gran diluvio de resina que cayó sobre la tierra ordenado por el Corazón del Cielo.

Xecotcovach llegó luego y les sacó los ojos; Camalotz los decapitó y Cotzbalam se comió sus carnes. Por si fuera poco, Tucumbalam les quebró y trituró los huesos y los nervios.

Eso les pasó por olvidar a sus padres. De pronto, la faz de la tierra se oscureció y una lluvia negra se desgajó día y noche. Los elementos de la naturaleza se rebelaron y llegaron a cobrarles los desplantes. Por eso los animales grandes y pequeños se les enfrentaron. Los perros los mordieron, palos y piedras les laceraron el rostro. Los platos, las ollas, los tiestos y hasta las piedras de moler les golpearon la cara.

—Mucho mal nos hacías —les gritaron los perros y las aves—. Y por eso nosotros ahora los morderemos.

También los imprecaron los trastos, las piedras de moler, los recipientes, las ollas, los comales, las tinajas:

«ahora nosotros los quemaremos, los destruiremos», y así fue.

Desesperados, los hombres de madera no sabían qué hacer. Corrían de un lado para otro, se trepaban a las cumbres de las casas, pero eran expulsados; se subían a las montañas, pero los cerros los lanzaban al abismo; se trepaban a los árboles; pero estos se sacudían y los votaban sin compasión. Intentaban refugiarse en las cavernas, pero estas se cerraban, de manera que fueron destruidos sin escapatoria. Solo se salvaron algunos que se internaron en lo profundo de los bosques y son los monos que viven ahora en la selva.

IV

Muy poca claridad había en la tierra y aún no se veían ni el sol ni la luna. Solo vagaba Vucub-caquix, quien pregonaba: «Yo seré grande ahora sobre todos los seres creados y formados. Soy el sol, la claridad y la luna. Grande es mi esplendor. Por mí caminarán y vencerán los hombres, porque de plata son mis ojos resplandecientes como piedras preciosas, como esmeraldas; mis dientes brillan como piedras finas, semejantes a la faz del cielo. Mi nariz brilla de lejos como la luna, mi trono es de plata y la faz de la tierra se ilumina cuando salgo frente a mi trono».

«Así, pues, yo soy el sol y la luna. Así será, porque mi vista alcanza muy lejos» (lo cual no era verdad porque

apenas veía la línea del horizonte y no podía abarcar todo el mundo). Era un dios ambicioso cuya meta era engrandecerse y dominar.

V

Poco duró la envalentonada de Vucub-Caquix, pues dos dioses gemelos, Hunahpú e Ixbalanqué, se propusieron destruirlo, como les voy a contar: «No está bien que el soberbio Vucub haga todas sus maldades en las narices del Creador del Cielo, así que intentaremos matarlo con la cerbatana cuando esté comiendo. Le tiraremos y le causaremos una enfermedad espantosa, de manera que se terminen sus riquezas, sus piedras verdes, sus metales preciosos, sus esmeraldas, sus alhajas. Porque el hombre no debe envanecerse por el poder ni la riqueza».

Y se echaron la cerbatana al hombro.

Vucub-Caquix tenía una mujer que se llamaba Chimalmat, madre de sus dos hijos: Zipacná, quien jugaba a la pelota con los grandes montes que él mismo creó en una sola noche: Chicag, Hunahpú, Pecul Yaxnacul, Macamob y Huliznab, y Cabracán, quien movía los montes y por él temblaban las montañas grandes y pequeñas.

Por doquier se escuchaban voces: «Yo soy el sol. Yo soy el que hizo la tierra. Yo soy el que sacudo el cielo». Así se disputaban la grandeza padre e hijos. Por eso fueron condenados a muerte. Pero aún no había sido creada la primera madre ni el primer padre.

VI

Hunahpú e Ixbalanqué habían visto que Vucub-Caquix se alimentaba de las frutas del árbol de nance. Se dieron cuenta de que todos los días se encaramaba a la copa de este árbol para sentarse a comer. Y lo asecharon. Hun-Hunahpú disparó la cerbatana y lo hirió en la quijada. Dando gritos estentóreos, cayó Vucub-Caquix al suelo desde lo alto del árbol. Hun-Hunahpú corrió presuroso para apoderarse de él, pero Vucub-Caquix le arrancó el brazo a su agresor y lo dobló desde la punta hasta el hombro. Sosteniéndose la quijada con una mano y con el brazo de su asaltante en la otra, se fue para su casa.

—¿Qué le ha ocurrido, señor? —lo interrogó su mujer.

—Los dos demonios me tiraron con la cerbatana y me desquiciaron la quijada. Me duelen mucho los dientes y los tengo flojos. Pero logré arrancarle el brazo a uno y lo pondré al fuego, para que venga a reclamarlo.

Hun-Hunahpú e Ixbalanqué consultaron con el anciano Zaqui-Nim-Ac de cabellos blancos y con la vieja Zaqui-Nimá-Tziís y los convencieron de ir a la casa de Vucub-Caquix para rescatar el brazo. Urdieron el plan de que los viejos irían adelante y presentarían a los jóvenes a Vucub-Caquix como sus nietos, quienes iban al lado suyo para recibir las limosnas, pues lo único que ellos saben hacer es sacar el gusano de las muelas.